

indispensable hacer impedian que se verificara desde luego.

Natividad se sometió á la voluntad de su padre y no hizo ninguna objecion. Lucha violenta con sus contrariedades y procura amar á Andres como una esposa debe amar á su marido. Sus esfuerzos fueron inútiles. Yo estaba ausente, me habia sacrificado á mi amigo; Natividad me lloraba, me admiraba y la admiracion y la piedad son las fuentes del amor. Andres, por el contrario, era la causa de mi destierro, se aprovechaba de mi desgracia: ¿cómo la generosa niña podia olvidarme por él? Además, mi hermano, se apercibia de que el corazon que él deseaba ardientemente obtener, se alejaba cada dia mas del suyo y se acusaba de mi partida y de las penas de Natividad. Esta queria aparecer contenta, y cantaba frecuentemente; pero sus ojos desmentian á su boca hasta que ella procuraba sonreír.

Aunque hubiera sido muy hábil en el arte de fingir, no hubiera podido engañar á Andrés.

Los que se han conocido desde niños y han vivido bajo el mismo techo, se hacen transparentes el uno para el otro. Muchos viven bien á la vez, muchas veces lloran juntos entregándose á un gozo ficticio ó á un dolor simulado. El matrimonio se prepara los mas tristes auspicios. Los dos jóvenes iban á su vez á ver al anciano sacerdote para pedirle consejos y esperanzas.

El Padre Olivier alentaba á Natividad, asegurándole que saldria victoriosa en todas sus pruebas. Animaba tambien á Andres diciéndole: que siempre dependia del marido el hacerse amar de su consorte; lo conjuraba para que se confiara á la bondad del cielo. ¡Oh padre mio! ¿para qué habré nacido yo? Por qué he dejado partir á Adrian? Bien comprendo que jamás seré dichoso.

El 10 de Setiembre se acercaba, y la enfermedad del maestro carpintero se agravaba más y más. Llegaba con gran trabajo hasta su casa, y cuando queria trabajar, la sierra ó el martillo se escapaban de sus manos. Natividad repetia sus visitas al padre Olivier; le hablaba de mí y le suplicaba que le mostrara en el mapa dónde debía estar mi navío.

El anciano cuida de dar otra direccion á sus pensamientos: "Hija mia, le decia: ignoro donde se encuentra Adrian al presente; pero tengo la certidumbre de que él desea la paz y que espera volveros á ver algun dia. No olvidéis, niña, que depende de vos, de vos solo, el verlo en la casa del Cabo. Si la aficion que conservais por él, es incompatible con los deberes de esposa, si ella puede dañar no diré á vuestra virtud, sino á vuestro reposo, entónces el destierro de Adrian no tiene término. Si por el contrario, le amais con una amistad tranquila, con una amistad de hermana, podrá entónces reunirse en vuestro hogar y será como si nunca hubiera partido."

“Los habitantes del Cabo vinieron á ser la única preocupacion del padre de Luberlac. Todas las tardes tomaba su baston y dirigia su paseo hacia esa habitacion. ¿No habia allí tres enfermos á quienes socorrer? El 9 de Setiembre, Andres apresura la hora de su visita. Mazé Kervella estaba mucho mas enfermo y pedia recibir otra vez los consuelos religiosos. El padre Olivier tomó la hostia consagrada, los santos oleos, y se apresuró á seguir á mi hermano. El enfermo no habia perdido nada de su calma habitual. “Padre mio, dijo al anciano, antes de poco tiempo estaré reunido con mi pobre esposa; espero que estará en el Paraiso. Por tanto, no querré morir antes de este matrimonio.

— “Vivireis, respondió el padre, no para asistir á él, puesto que vuestras fuerzas no os lo permiten; pero sí para ver mañana á estos jóvenes volver de la Iglesia. Tened valor; Dios tiene vuestra vida en sus manos, y así puede hacer que se engañen vuestras previsiones, y sanaros.

— “Antes de venticuatro horas, replicó Mazé, la puerta de esta casa permanecerá abierta; todos los vasos de agua serán vaciados y las colmenas harán el duelo. Aprovechemos el tiempo, padre mio.

“Acabadas las ceremonias, el enfermo llamó á su hija y á Andres, y despues que los bendijo, les hizo diversas recomendaciones, entre las que yo no fui olvidado; en seguida se volvió hácia la pared y pareció espirar.

“Natividad estaba muy agitada, llamó al padre fuera de la habitacion y con voz suplicante

le dijo: “Padre mio, haced que este matrimonio se difiera hasta dentro de un mes de ocho dias de un dia solamente. No es el velar de esta noche, lo que me debe de dar valor.

¡Ah! querida hija mia, repuso el anciano, vuestro padre se muere y no es este el momento de combatir una voluntad siempre santa. Si Andres no es vuestro esposo, será necesario que uno de los dos deje esta casa: ¿quién lo podrá hacer?

— Cuando mi padre no exista ya, exclamó Natividad, yo querré ver destruida esta casa! Yo podria vivir dichosa con Adrian: ¿por qué se ha ido?

Ella se detiene: Andres estaba enfrente.

Vos no me amais, dijo; vos no me amareis jamas”

“No pudo decir mas; una voz llama de la casa. Biganna, la esposa del tejedor, habia venido á pasar la noche al Cabo; era ella la que llamaba. El padre Olivier, Natividad y Andres fueron junto al enfermo.

“Estaba en agonía: Encended el cirio, dijo él, y comenzad las preces, puedo todavia responder.”

“Todos se arrodillaron, á escepcion de Andres, que permaneció en pié cerca de la cama. El anciano sacerdote elevó la voz:

“¡Salid de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre, Todopoderoso, que te ha criado! ¡Que vuestra mansion sea hoy en la paz y vuestra habitacion en la santa Sion!

“—Que así sea.” respondió el agonizante. Los asistentes repetían: ¡Oh Dios de misericordia, mirad favorablemente á vuestro servidor! Renovad en él todo lo que se ha corrompido por la debilidad de su naturaleza! Librad su alma, como habeis librado á Job de sus sufrimientos!

Y el agonizante repetía: “¡Que así sea.”

El sublime diálogo continúa entre el moribundo, su hija y sus amigos. Muchos vecinos se habian reunido al rededor del lecho fúnebre y tomaban parte en las oraciones. Solo Andres parecia extraño á lo que pasaba en este lugar. Pálido, con la mirada extraviada, permanecia siempre erguido, sin pronunciar una sola palabra, sin hacer el mas ligero movimiento. Hasta que Mazé no exhaló el último aliento, no pareció que comprendiera la escena que tenia delante de sus ojos. Deja su lugar, y aproximándose á la cama del que fué Mazé-Kervella, levantó un extremo de la sábana con que se había cubierto su rostro. La fisonomía del muerto estaba llena de serenidad; sus ojos parecian cerrados por el sueño y no por la muerte. Andres lo contempla un instante, y despues de abrazarlo, sale de la casa. Ocupados de Natividad, el padre Olivier no advirtió sino un cuarto de hora despues, la partida de Andres, y luego que la notó, la confía á los cuidados de algunas mugeres, y sale creyendo encontrar á mi hermano en la recámara separada donde él habia continuado viviendo despues de mi marcha; pero la habitacion estaba vacia, lo mismo que el corredor. Entonces el

anciano se espantó, y sintió que su edad no le permitia recorrer las cercanías. Los vecinos se encargaron de esto y pasaron una parte de la noche en su busca.

Aquí Adrian suspendió el fin de su historia. Se sobrepone uno con facilidad á ciertos recuerdos dolorosos; pero hay otros ante los que se retrocede con espanto. Nosotros aguardábamos en silencio la continuacion de su historia. En fin, el marinero pareció reponerse; echa una mirada rápida sobre el vecino arenal del Cabo, y despues de recojerse algunos instantes, continuó con un tono mas bajo:

“Las oraciones seguian en torno del muerto; pero el padre Loberlac estaba distraido y lleno de inquietud. Natividad misma miraba á cada instante del lado de la puerta y completamente preocupada por una inmediata desgracia, casi olvidaba llorar la pérdida que acaba de tener. Este funesto presentimiento se verificó bien pronto. Andres fué encontrado; pero no era aquel jóven tan bello y tan lleno de vida; los miembros rotos, bañado en su propia sangre, yacia á los pies de Roc-Nivelén, de donde acababa de precipitarse en el pedregoso arenal.

Se le trasportó al Cabo, y entónces tuvo lugar una escera desgarradora. Andres respiraba todavía y pretendia hablar sin poderlo lograr. ¡Mí desgraciado niño, mi hijo, le decia el padre, haced un esfuerzo, pronunciad una palabra; una sola palabra de arrepentimiento. Natividad sentada cerca de él, sostenia su cabeza vacilante; así inundaba con sus lágrimas y se torcia las ma-

nos de desesperacion: "Yo soy quien le he matado, repetia con gran pesadumbre; no castigues mas que á mí, Dios mio!" Ella besaba la frente y las manos del moribundo; lo conjuraba á vivir y le prometia ser su esposa y amarlo. Y como Andres no respondia nada y cerraba los ojos, ella comenzaba á acusarse y á llorar.

El padre Olivier la hizo alejarse, y colocando un crucifijo sobre el pecho del moribundo: "Amigo mio, le dijo, si no podeis hablar, haced conocer al menos por algun signo, que os arrepentís de este detestable sui idio, y que pedís perdon á Dios." Apenas parecia oir Andres; sin embargo, hizo un movimiento con sus labios acercándolos á los pies del crucifijo. Así espiró.

¿Este beso supremo ha bastado para expiar toda una vida de fria indiferencia y una muerte avanzada por un crimen? El anciano sacerdote así lo esperaba; sin embargo, los juicios de Dios son impenetrables.

Los dos féretros fueron colocados en una carreta tirada por tres caballos, y el padre Olivier quiso conducir por sí mismo á los dos hombres que habia amado. Precedido de un niño que llevaba la cruz, revestido con el alba y con la estola, tomó el camino de la parroquia. La carreta venia á su espalda seguida de Natividad y de las mugeres en traje de duelo, y despues los hombres en traje de *berlinge*, con la cabeza des ubierta. El anciano marchaba lentamente, y de tiempo en tiempo, con una voz temblorosa cantaba algunos versículos de los salmos del rey

profeta. El camino se hizo demasiado largo; los pies áviles no pertenecen sino á la juventud y al placer. En fin, la aldea se descubrió, y el octogenario vió desaparecer en la fosa al hombre muerto en la fuerza de su edad, y al jóven de veinticinco años. Mas tarde dos montecillos vecinos se elevaban sobre estos despojos queridos; allí se colocaron dos cruces; pero sobre una de ellas no se trazó ningun nombre.

Tres dias despues de estos acontecimientos, Natividad daba un eterno adios á la casa del Cabo. Para cumplir en todo lo que estaba de su parte con la voluntad de su padre, para expiar un crimen de que era la causa inocente, habia resuelto hacer penitencia por Andres y consagrar a esto toda su vida. Entró como novicia en ese monasterio, á la puerta del cual me detuve al llegar. Ella habia pronunciado sus votos un año antes que el anciano sacerdote me contara esta historia.

Pasé todo este dia y una parte del siguiente en la casa del padre Olivier. Me consolaba, orábamos juntos y tenia mucha razon de someterme cristianamente á las órdenes del cielo. No teniendo ya nada que me detuviera en el Cabo, y por el contrario, no encontrando allí mas que penosos recuerdos, tomé el partido de seguir mi vida errante, y el anciano lo aprobó. Sin embargo, cuando llegó el momento de separarnos, él no podia separar mi mano de la suya. Todavía un adios, decia. ¡Oh mi caro hijo, cuán triste es envejecer! El octogenario que recuenta sus años en la memoria, se parece á un soldado

que cuenta los muertos en un campo de batalla. ¡Cuántos hombres han sucumbido á mi alrededor desde mi infancia! ¡Cuántos nombres familiares á mi boca han desertado bien pronto de mis labios, faltos ya de alguno que se interese por mí aún! A todas las puertas á que otras veces me conducia la amistad, ¿hay alguna en que si ahora me presentara, no me respondieran siempre con estas mismas palabras: El que buscas, no está aquí; no le conocemos? - ¡Ah! no acusemos á Dios, si él consume nuestros cuerpos prolongando nuestros años, y si nos reserva enfermedades físicas para la última edad de la vida. ¿Qué hacer del oído, cuando ya no tenemos nada dichoso que oír? ¿Qué hacer con los ojos, si la vista no nos sirve mas que para mostrarnos los vacíos que se han operado en nuestro alrededor? Lejos de nosotros el quejarnos de estas pérdidas: pésenos, al contrario, que no haya tambien una enfermedad para el corazón.

Padre mio, estoy resuelto á partir, pero decidme una palabra, y me quedaré con vos.

Quedaros conmigo, querido Adrian, replicó el anciano. No, amigo mio, no quiero ligar vuestra juventud á un cadáver. Por otra parte, consuélate; mi aislamiento vá á cesar, cada dia me acerco mas á la casa de mi padre.

Abrazé todavía á mi viejo amigo, previendo que no lo volveria á ver mas. ¡Ah! justamente se comparaba á un muerto. Su cuerpo estaba cerca de la tumba y su espíritu debilitado vacilaba sin cesar y no lucia por un instante. Parecia á una lámpara en medio de las ruinas donde

el viento penetra por todas partes. Contándome la historia de sus amigos, se perdia frecuentemente en estrañas digresiones, ó se detenia, y llevando su mano á la frente, repetia despues de haber empezado muchas veces.

¿Es esto? . . . ¿Lo he olvidado? . . . ¿Qué digo? Sus recuerdos le rodeaban como sombras dudosas. Cuando no hablaba, su cabeza caia sobre el pecho y se dormia.

En lugar de embarcarme en Passage, para volverme á Brest, volví á andar el camino que habia seguido la víspera. Quería ver ese monasterio donde Natividad se habia retirado. Quise visitar esa capilla donde ella oraba cada dia. Marchaba á grandes pasos como violentado por huir de aquellos lugares sombríos por mis desgracias. ¡Qué! decia yo, esta jóven tan viva, tan llena de juventud, hecha para la libertad de los campos, está encerrada ahora en una estrecha celda? ¡Pobre avecilla! ¿en la jaula donde entras voluntariamente, has olvidado tu nido al bordo de las aguas, tus alegres compañeras y el tiempo que vagabas como ellas de campiña en campiña?

“Las caricias de Pied-Blanc, me apartaron un momento de estas ideas. El fiel animal, me seguia, y venia á asociar su vida á mis destinos nómadas. Satisfecho de recuerdos y de dolores, llegué delante de esta puerta que mi hermana no debia traspasar nunca. Era la hora de completas, el toque de una campana llamaba á las religicasas á coro.

Entré y me arrodillé á los pies del altar.

Estaba solo en la nave; pero atrás del altar, del otro lado de una tribuna, que un viso sombrío hacia impenetrable, se oía ruido de pasos á cada instante. Oía tambien abrir y cerrar una puerta. Todas las veces que estos indicios me anunciaban la presencia de una religiosa, mi corazón palpitaba con violencia. ¿Es esta Natividad, mi hermana, mi muy querida?

El oficio comenzó: una voz jóven, llena de dulzura, pero un poco apagada y temblorosa, pronuncia esta corta oracion:

“Que el Señor Todopoderoso nos conceda una noche tranquila y un fin dichoso!”

Y todas las voces respondian á la vez:—
Nuestro socorro está en el nombre del Señor.”

Esta voz que se oía sola, la habia reconocido, y con oido atento, el corazón ávido aguardaba las palabras que iba á pronunciar.

Ella continuó:

—“En medio de mi oracion vos me habeis escuchado, Dios de mi justicia: en las angustias, habeis estendido el espacio delante de mí.”

Y el coro:—“¡Tened piedad de mí, escuchad mis súplicas!”

Natividad proseguia:

“Hijos de los hombres:” y me parecia que ella se dirigia á mí: tan tierno y compasivo era su acento; hijos de los hombres, hasta cuando tendreis el corazón duro? ¿Por qué habeis seguido las vanidades y abrazais las mentiras?

Sí, yo habia seguido las vanidades, yo habia abrazado la mentira, pidiendo á las afecciones humanas lo que ellas no me podian dar. ¡Oh

amor! ¡Oh amistad! ¿qué sois vosotros? murmuraba yo, en tanto que las santas mugeres respondian á mi hermana.

Natividad continuaba, y yo creí oír el ángel de los consuelos divinos; ella decia:

—Ofreced á Dios el sacrificio de justicia, y confiad en él. Muchos dicen: ¿Quién nos mostrará la felicidad?

“Prorumpí en llanto. “La felicidad, decia yo, la felicidad? yo la he probado, ella no es de este mundo.

El coro respondia:

“Señor, vos habeis dado la alegría á mi alma; una alegría mas dulce que la del que recoge en abundancia el trigo y la uva.

“Yo, repuso Natividad, dormiré y reposaré en la paz, porque vos, Señor, sois el que robusteceis mis esperanzas.”

Procuraba envano darme cuenta de mis impresiones, durante esta oracion en que mi alma tenia bastante parte. De rodillas, en los confines del mundo, creia oír la voz de la eternidad responderme del otro lado de la tumba. Los cantos habian cesado mucho tiempo hacia: yo estaba todavía en la capilla, orando y llorando á la vez. La tierra me parecia mas triste que nunca; pero el cielo se abria delante de mí y sentia que una última esperanza, una esperanza inmortal, iba á florecer sobre las ruinas de mis ilusiones pasadas.

No tuve la fuerza de alejarme del monasterio sin procurar volver á ver á mi hermana. Me acerqué á la tornera y pregunté por Natividad.

La muger á quien yo preguntaba parecia llamar sus recuerdos: "Creo que quereis hablar de nuestra hermana Luisa, dijo ella: dadme vuestro nombre, y voy á rogarle que venga á hablaros.

He entrado en este locutorio para hablar á la madre Sor Luisa. ¡Así, me dije yo, todo se ha perdido para siempre, aun su nombre!

Cuando la tornera cerró la puerta y yo me encontré solo en esta pequeña cámara, amueblada solamente de algunas sillas de madera, y decorada con dos ó tres cuadros religiosos, me pesó haber venido. ¿Natividad consentirá en verme? ¿Para qué turbar con mi presencia la paz de su retiro? No, Natividad no vendrá; no obtendré otra respuesta, que una repulsa. Pied-Blanc, que habia seguido mis pasos, se habia acostado á mis pies, en tanto que yo, parado en frente de la reja donde un ruido se oia todavía, contaba los instantes desesperándome mas y mas. ¿Qué errado estaba en medir la debilidad de mi hermana por la mia! Un cuarto de hora habia apenas trascurrido, cuando se abre una puerta interior. El valor me falta, una vez mas tuve precision de sentarme. Me calosfrié al ruido que una mano invisible hizo en el fierro. Dos mugeres, dos religiosas estaban del otro lado de la reja; una de ellas era Natividad.

"Mi hermana pasó una de sus manos por entre las rejas, y me la tendió; no osé llevar a á mis labios; pero la oprimí entré las mias y la coloqué sobre mis ojos y sobre mi corazon.

"La hermana Luisa estaba conmovida, pero mucho menos de lo que yo me podia imaginar.

Yo apenas reconocí á la hermosa niña del Cabo en esta muger cubierta con un hábito negro y un largo velo. "¡Oh hermana mia, exclamé yo, vos llevais el duelo de mi vida!

Natividad suspiró retirando la mano: ¿Amigo mio, dijo ella, habeis visto sin duda al padre Olivier, y él os ha contado todo, no? Vos sabeis que me faltó el valor y la resignacion.

—Yo sé que soy el mas desgraciado de los hombres, respondí bajando la cabeza; sé que la existencia me fatiga y que querria descasar.

—Jóven, dijo la compañera de mi hermana, ¿Vos sois como esos marineros tímidos, que acometidos por una tempestad, en su primer viage, se apresuran á volver al puerto y renuncian á la mar. . . . Si los hombres desprecian á aquellos que retroceden delante de las penas y sufrimientos, ¿creeis vos, que el cielo pueda escuchar nuestras pusilanimidades y nuestras cobardías? Somos los obreros de Dios en este mundo, y no los artesanos de nuestra felicidad terrestre. Hagamos valer la moneda que nos ha sido confiada por el padre de familia; trabajemos fielmente, sin quejarnos demasiado de lo largo del dia, y aguardemos la hora del salario; esta hora vendrá; la justicia de Dios así nos lo asegura.

—"Jamás, exclamé yo, jamás entrará en mis planes imitar á mi desventurado hermano. Viviré en tanto que me sea ordenado vivir. Pero permitidme desear el morir.

—"Si este deseo no altera en nada vuestro valor, replicó la religiosa, si no disminuye en nada vuestra energía, sin duda no será culpable;